

LAS MUJERES Y EL CAMBIO SOCIAL: DESPEDIR AL GÉNERO, RECIBIR AL MÉRITO.



“Ninguna nación se ha elevado por encima del nivel de sus mujeres.”

Margaret Sangster.

Desde tiempos inmemoriales, lo femenino ha estado vinculado con lo sagrado. Dependiendo de la tradición cultural de que se hable, de la región geográfica o temporal a que se aluda, lo femenino tiene diversos significados y significantes. Para algunas culturas, masculino y femenino están indisolublemente unidos y significan una misma cosa, para otras, lo femenino tiene características propias y singulares; pero en general, lo sagrado femenino se identifica

con cualidades como la fertilidad, la discreción, el silencio, la sutileza, la humildad, el amor, el servicio.

Lo sagrado femenino juega un papel determinante en la conformación de nuestras sociedades. Desde los tiempos del matriarcado y su conformación más primitiva, lo sagrado ha estado asociado a lo femenino de una manera muy estrecha. De ello dan cuenta las innumerables páginas que sobre mitología se han escrito, sobre diosas y santas, sobre aquellas mujeres sujetas a proceso inquisitorio: las diferentes, las discordantes, las hechiceras.

Lo sagrado es de tal suerte un referente de lo femenino, que hoy he querido tomarlo para permitirme formular algunos planteamientos sobre lo que considero es

una concepción errónea del papel de la mujer y de su participación, no solamente en política, sino en todos los aspectos de la vida social: la preponderancia de la condición de género sobre la capacidad individual, sobre el mérito personal.

Las principales características que se asocian a lo sagrado en la mujer tienen que ver con la fertilidad, el silencio, la sutileza, la humildad, el amor, la ecuanimidad, la sencillez, el servicio. Pero sobre todo, lo sagrado femenino se ubica, para una antigua tradición de pensamiento,¹ en una dicotomía que parte de lo humano.

Todas estas características asociadas al género, más esta concepción de lo masculino

¹ Levinas, Emanuel. *De lo sagrado a lo santo. Cinco nuevas lecturas talmúdicas*. Riopiedras, Barcelona, s.f. Tomando una interpretación talmúdica, Levinas explica, desde el relato de la creación, como fue que lo femenino se hizo rostro en contraposición a apéndice, es decir, unidad, en lugar de agregado.

y femenino a partir de lo humano, han sido útiles para explicar de alguna manera la forma de participación social de la mujer; pero han sido también usadas para justificar ciertas formas de dominación ideológica que la han dejado en un segundo plano respecto del hombre, rompiendo con ello la unidad inicial que esa concepción sacra de lo femenino planteaba.

Lo cierto es que ese aspecto sagrado de la mujer incide en la realidad y, por consecuencia, durante mucho tiempo se acotó esa participación a las áreas que estaban estrechamente vinculadas con las características tradicionalmente asociadas al género: la mujer debía ser mansa, amorosa, amable, cariñosa, humilde, casi al grado de servil y callada por antonomasia; fue

entonces cuando, desde esta limitada perspectiva, se perdió de vista que los géneros parten de la esencia humana.

He querido utilizar estas metáforas de lo sagrado para fundamentar la igualdad que compartimos mujeres y hombres y para referirme a un hecho incontrovertible: las sociedades que abandonan esta concepción de los géneros, dándole poca participación a la mujer, son sociedades en las que el ideal de igualdad, se ha perdido por completo. Son sociedades en las que lo sagrado femenino carece ya de significado.

Esa pérdida de lo sagrado femenino –entendido en los términos antes expresados– ha traído como consecuencia funesta para nuestras sociedades la pérdida

del concepto de *individuo*, entendido en su enorme acepción de Ser Humano.

Esta concepción errónea del género, ha ido dejando de lado una de las virtudes fundamentales, casi biológicas, del ser humano: la individualidad. Particularmente, me interesa destacar esa acepción de individualidad que se refiere a la suma de capacidades de un ser humano, que se refiere a aquellas cualidades que lo diferencian y singularizan.

Cuando se perdió de vista en nuestras sociedades la concepción de individualidad que parte de un mismo origen, comenzamos a concebir al género como una forma de diferenciación que separó a los sexos y los dividió de manera irresoluble. Este cisma conceptual, nos fue dando “primeras

mujeres”, y nuestra participación social se fue limitando.

Me explico. Con las “primeras mujeres” (la primera mujer en escalar la cima de una montaña, la primera en egresar de la carrera de ingeniería, la primera diputada, la primera gobernadora, etc.) fuimos creando una marcada diferencia.

¿Qué quiero decir?

Pues que a la primera mujer en algo debía haberle seguido inmediatamente una segunda y una tercera, y así sucesivamente hasta alcanzar un estándar que borrara por completo este concepto de “primeras mujeres” a que me refiero y que dejara fresco en la memoria, pero lejano en el tiempo, el día en que “por primera vez” una mujer hizo

esto o aquello, el día en que una mujer fue capaz, por vez primera de hacer lo que ordinariamente un varón hacía.

Al decir esto –debo aclararlo en aras de no ver mermada mi credibilidad ante ustedes por menospreciar a tan distinguidas e insignes “primeras mujeres”– no estoy pretendiendo borrar de un plumazo a las Sor Juanas, a las Griseldas Álvarez, a las Anas Guevaras, ni a tantas otras. Estoy pretendiendo decir que una buena parte de nuestra cultura se ha cimentado también sobre la base de tener “primeras mujeres”, pero no segundas, ni terceras ni cuartas. Lo repito hasta alcanzar que este concepto quede fresco en nuestra memoria, pero lejano en el tiempo por haberse alcanzado un estándar de participación.

Actualmente, el avance en la participación femenina en los puestos clave del gobierno, la iniciativa privada, la educación, ha sido magro y en muchas áreas todavía no hemos tenido siquiera el debut de “la primera mujer”. Por citar un ejemplo: hace ya algunos meses, con una gran actuación –según fue reseñado en los medios de comunicación– una mujer intervino como arbitro por primera vez en un partido de fútbol profesional de primera división. Lo cual nos habla de la escasa participación de la mujer en esos terrenos, que no son ciertamente poco significativos si se toma en cuenta la importancia que tiene ese deporte para la vida cotidiana de los mexicanos.

Lo mismo ha sucedido en muchas otras áreas de la vida social. Nos hemos quedado

en el nivel de conformarnos con tener a esas primeras mujeres, olvidándonos que la participación de la mujer en sociedad está en miles de aspectos, que la participación de la mujer no se ciñe a ser “primera” y casi única mujer, sino que va más allá. Nos hemos quedado conformes con ver a la primera mujer boxeadora, a la primera mujer luchadora, en fin. Nos hemos quedado con la idea de que si no conquistamos esos campos que tradicionalmente se han asociado como coto exclusivo del sexo masculino, no hay avances significativos en la vida de la mujer ni en su participación social.

Suele suceder que las “primeras mujeres” en cualquier área en que logren la primicia, conservan esa calidad que las llevó

a ser debutantes, a destacar; pero, en ocasiones, a eso no se sucede la cadena que debía haberse formado a partir de la participación inicial de una mujer en alguno de los campos vedados a su participación.

Aclaro nuevamente que no estoy en contra de que por primera vez una mujer haga algo. No. Estoy porque, si se trata de debutar, quien lo haga tenga la plena capacidad para poner el ejemplo y el compromiso de generar una cadena que no se rompa, para que otras muchas mujeres ocupen esos nichos, haciendo que esa actividad pase a formar parte del quehacer cotidiano de la mujer.

Los números hablan por sí mismos:

Por ejemplo, en materia de participación en puestos públicos, la incidencia femenina se ha ido incrementando. No niego que, en mucho, esto se haya debido al establecimiento de cuotas de género en los estatutos de muchos partidos y, que mejor, en las leyes electorales de muchas entidades federativas. Pero sino hubiesen existido mujeres que fueron tras la senda de una primera mujer, la cifra, para citar un dato concreto, de senadoras de la república, no se hubiera casi duplicado de 1994 a la fecha, pues pasó de 13 a 23, desde que el senado se integra por 128 miembros, pues en 1964, cuando el Senado se integraba por 58 miembros, solo tres eran mujeres.

Lo mismo ha ocurrido en la cámara de diputados –pues de 1952 (año en que por

primera vez tuvimos una diputada) a la fecha, casi una quinta parte de dicha cámara es ocupada por mujeres– pero también en las presidencias municipales del país, en donde la participación femenina ha alcanzado casi un 4% del total de municipios del país.

Los ejemplos que evidencian el incremento cuantitativo de la participación femenina abundan:

Por principio de cuentas, las mujeres somos, demográficamente, mayoría (el 51% de la población total del país). Algunos datos estadísticos, incluso, dan muestra de cómo la participación social de la mujer se ha incrementado sustancialmente en aspectos tan fundamentales como el padrón electoral. En 1997, dicho padrón se integraba por un

poco más de 27 millones de mujeres, contra 25 millones y medio de hombres. En cambio, en el año 2002, ese padrón lo integraban cerca de 33 millones de mujeres, en tanto que la cifra de hombres apenas sobrepasaba, por poco más de seiscientos mil, los treinta millones.

Por otra parte, el porcentaje de mujeres en edad escolar que asistía a la escuela en el año 2000, era significativamente mayor en los niveles medios (40.6%), comparado con la notable disminución de quienes asistían a la escuela en los niveles superiores 16.4%. Esta cifra tan disminuida resulta significativa para lo que intentamos exponer: las mujeres no hemos podido tener mejor posicionamiento social debido a la circunstancia de acceder en menor escala a

la educación superior que los individuos de sexo masculino.

Esto es, para buscar la igualdad de oportunidades, entre otras cosas significativas, no debemos olvidar la preparación escolarizada y no solo escudarnos en la perspectiva de género como único medio para alcanzar la tan anhelada igualdad.²

Las estadísticas nos muestran números que, si bien pueden considerarse favorables a la condición femenina, todavía no son suficientes para llegar a la conclusión de que la batalla por el mérito personal esté ganada. Porque esta batalla, insisto, no es demográfica, no es cuantitativa, no tiene que

² Solo un 32% de la población escolar en estudios de postgrado en 1990 eran mujeres. En tanto que, para el año 2000, ese porcentaje se vio incrementado en un 10%. Hoy, como se ve, las condiciones de la mujer son radicalmente distintas.

ver con estadísticas frías, con simples números, con cifras áridas; pues, si lo fuera, por simple aritmética ya estaría ganada.

Esta lucha por desterrar a la perspectiva de género como la única arma de lucha para buscar la igualdad, es más bien una cruzada que tiene que ver con una actitud positiva, mejorada, de nuestra propia percepción como personas. Tiene que ver con llenarnos de aquello que nos hará dignas de aprecio, valiosas; tiene que ver con aquello que nos da plusvalía.

Sin duda, en años recientes la posibilidad de que una mujer sea independiente, de que trabaje, que estudie, etc., es cada vez mayor. La libertad femenina -incrementada ciertamente por la lucha feminista que ha venido pugnando por

igualdad- es cada vez mayor. Las mujeres, al menos una buena parte de nosotras, quizá, me atrevería a afirmarlo, todas las presentes, tenemos una libertad que no tenían quienes no conocieron de este afán por la igualdad.

No obstante, aún en estos tiempos –y hay que reconocerlo– algunas jóvenes mujeres tienen todavía que suplicarle a un padre machista que les permita asistir a la universidad; pero son cada vez menos al menos, lo señalo marcadamente, en el medio urbano. La matrícula femenina universitaria, en muchas carreras, es incluso mayor a la de hombres. En ciencias de la salud, educación, humanidades, etc. las mujeres venimos marchando.

Y pienso... si Sor Juana hubiera vivido en estas condiciones.

Antes de continuar, quisiera puntualizar que no ignoro la condición de pobreza y marginación en que muchas mujeres viven, desafortunadamente. No cierro los ojos a la realidad indígena, ni a la de las mujeres que trabajan por sueldos ínfimos o a las que son explotadas. De ninguna manera. Sé que, siendo mujeres, son las más pobres de entre los pobres, marginadas en la marginación, para ellas mi personal consideración, para ellas solo un camino hacia la libertad: la educación.

Lo que trato de hacer en esta mañana, para mi tan significativa por estar reunida con ustedes, mujeres de tanto empuje, empresarias, corazón económico de la nación, es aprovechar la oportunidad para intercambiar estos puntos de vista con

mujeres tan valiosas como ustedes, que tienen una incidencia social muy alta, para plantearles que desde nuestras posiciones –en el trabajo, privado o público, en el hogar, en lo que hagamos cada una– tratemos de buscar la igualdad por medio del mérito, sin que me refiera exclusivamente al mérito educativo formal.

Hoy quisiera decirles que cuando me refiero al mérito estoy tratando de destacar que la capacidad de la mujer es lo único que puede desterrar esa, reitero, errónea perspectiva, que ha hecho del género la única arma para incrustarnos en la vida social. Y por “capacidad” me refiero a todo aquello que nos da valor y que en la mujer es tanto.

Por eso hacía referencia en un principio a lo sagrado femenino. Porque esas virtudes que desde antaño se atribuyen a las mujeres son, en buena medida, los pilares sobre los que se sostiene el universo. Esas virtudes asociadas a la mujer, que tienen que ver con la humildad como verdad, como autenticidad; con la sencillez bien entendida; con el amor verdadero; con el silencio sagrado y fecundo, son las cualidades que nos pueden llevar a superar –con decisiones responsables y trascendentes– la perspectiva de género, y a darle la bienvenida al mérito. Porque de nada sirve a la liberación femenina, revolucionar las formas de establecer familia o colocar a la mujer en el mundo de la producción, si no se va más allá.

La mujer tiene el deber y la posibilidad de cambiar muchas superestructuras y concepciones tradicionales, muchos paradigmas psicológicos y culturales. La mujer tiene muchas formas de cambiar a la sociedad, porque está en todo, porque es omnipresente socialmente. Pero una mujer impreparada, una mujer que no es libre - porque como lo señalamos la educación libera- será una mujer con muy poca o nula incidencia social en cualquier ámbito, incluyendo, por supuesto, la política.

Reitero que, en mi perspectiva, además de la educación formal, que es muy importante, es más bien rescatando los valores que hemos enunciado, reincorporando esos valores femeninos en nuestras sociedades, que se producirá una

participación social de la mujer mas amplia, incluyente, multicomprendensiva, que abarque todos los campos que surcan nuestras vidas. Una participación que rompa las profundas raíces de la opresión femenina abriendo lo femenino a todo, incluyendo la visión femenina en todo.

Esa es considero, la mejor forma de participar en la vida social. No desde la situación que pueda ocupar una mujer en lo público, sino desde lo que es: madre, esposa, suegra, licenciada, ingeniera, jueza, empresaria, compañera, ciudadana. Principalmente ciudadana, porque en la participación social se genera ciudadanía. Por consecuencia, si la participación social de la mujer es poco significativa, las ciudadanas seremos pocas y las luchas por

la igualdad, por el respeto hacia nosotras, la batalla por el voto (que buscó precisamente darnos esa condición de ciudadanas) habrán sido batallas estériles.

Una mujer que entiende su papel en el mundo toma decisiones trascendentes y responsables. Porque los seres humanos somos fruto de nuestras propias obras y, por tanto, encuentro en este proceso, en el tomar decisiones adecuadas, la diferencia entre seguir siendo un sexo relegado o alcanzar definitivamente la igualdad.

Por ejemplo, una mujer que decide ser madre y toma esa decisión, ha tomado una decisión trascendente, pero si además busca ser una madre conciente, preparada, sabedora de las consecuencias que tendrá esa decisión, habrá tomado también una

decisión responsable, porque verá en su hijo, no una carga, sino precisamente una oportunidad de trascender. La libertad humana deja *rastro* en el mundo.

Como dice Fernando Savater: “el paisaje de nuestra libertad actual y futura está configurado a partir de las obras de la libertad ya ejercida.”³ Cada una de las instituciones que desde la práctica de nuestra libertad acuñamos (leyes, objetos, costumbres, etc.) son consecuencia de esas decisiones. Y la sociedad que construimos es fruto de esa libertad. Por tanto, si la mujer participa socialmente con aportaciones sustanciales, con decisiones trascendentes y responsables como he dicho, estará generando una sociedad que le favorezca.

³ *El Valor de Elegir*. Ariel, Buenos Aires, 2003, p. 88.

Cada decisión tomada en el ámbito de nuestra libertad es configurativa de la sociedad que buscamos. Conviene, por ello, preguntarnos ¿qué tipo de sociedad queremos? ¿Qué deseamos las mujeres incorporar a nuestra realidad?

No puedo, ni debo contestar por todas a esas preguntas; pero lo que si puedo es retomar esta idea que he venido repitiendo de lo sagrado femenino, para sugerir algunas cosas que desde la perspectiva femenina urgen incorporar a nuestra sociedad. ¿Qué puede aportarle lo sagrado femenino a un mundo que en lo religioso se encuentra atravesado por el hedonismo, el new age, la falta de compromiso, la diversidad fundamentalista? ¿Qué podemos decirle las mujeres a una sociedad que se regodea en la

ley del menor esfuerzo y se atrinchera en los actos de corrupción para obtener lo que quiere? ¿Qué podemos enseñarle las mujeres a una humanidad que se ha acomodado en el mito del mercado y del consumo y se encuentra apoltronada y somnolienta en el sillón de lo moderno con muchos miedos? ¿Por qué lamentar, en una sociedad laica, que lo sagrado femenino se haya apartado o vaya perdiendo su significado?

Me quiero disculpar un poco por seguir usando estas metáforas para explicar mi pensamiento, pero creo que el mito nos ayuda a comprender las realidades más complejas de nuestro mundo. En ocasiones, lo mítico o lo metafórico explican mejor las realidades profundas del ser humano. Por eso me he refugiado en el mito para decirles

que, como he señalado, desde tiempos inmemoriales lo femenino tiene ciertos rasgos que le hacen diferente en muchas culturas. Hoy solo tomaré botones de muestra que quisiera dejar en la conciencia de cada una para la discusión, características de lo sagrado femenino con las que podemos y debemos participar en la vida social y que a continuación enuncio.

La humildad como verdad.

Pareciera que al mundo, y a nuestra sociedad en particular, le viene faltando un reconocimiento fundamental de su propia condición.

A qué me refiero. Me refiero a esa verdad fundamental que impregna todo el ser del hombre y que en el fondo es lo que

constituye el fundamento de toda igualdad: nuestra común naturaleza humana.

En estos tiempos convulsos, nuestra humanidad pareciera haber sucumbido a una soberbia que empapa todo el tejido social. Los seres humanos hemos pensado que nuestra condición humana no es común. Alejados del reconocimiento de esta verdad esencial, hemos hecho de nuestra sociedad una sociedad desigual, en la que las asimetrías cada vez se acentúan más y en la que este acto de humildad: el reconocimiento de nuestra común humanidad, ha generado las más abismales diferencias, no solo entre los géneros, sino entre cada uno de los seres que poblamos este mundo.

Hace algún tiempo, en la presentación de un libro, resaltaba una opinión de Umberto Eco, citada por el autor del libro presentado, en la que decía que el principio de toda investigación partía de un acto de humildad científica que se había olvidado en nuestros días, en el reconocimiento de saberse ignorante, pero en el reconocimiento también de saberse hambriento de conocimientos.

En este caso, no estoy señalando a la humildad como valor de lo femenino en su acepción equivocada de sumisión, que ha sido la predominante; sino en su acepción de verdad, es decir, en su acepción de reconocimiento de lo que se es, como punto de partida de lo que se quiere ser, como punto de partida de lo que se quiere hacer.

La sencillez bien entendida.

Carentes de artificio, muchas mujeres han pasado por el mundo sin hacer ostentaciones, sin adornos, pero obrando siempre con llaneza y, por ese simple hecho, dejando una ola de sencillez a su paso. Esta sencillez, entendida como sinónimo de sinceridad, que en la mujer es natural, le viene haciendo buena falta a nuestra sociedad.

Ambas cualidades enunciadas (humildad y sencillez), están íntimamente relacionadas por una más: la sinceridad. Entendida de esa manera, la sencillez femenina puede aportar a nuestra sociedad una dosis de libertad en la expresión que también es necesaria. Expresar lo que se piensa con libertad y sinceridad –en el hogar, en el

trabajo, en la función pública– debe ser un objetivo por el que debemos luchar incansablemente. Y decir lo que se piensa, de manera transparente, sin artificios, sin demagogia, sin redundancia, es la mejor forma de lograr transparencia social.

El amor verdadero

El amor verdadero, el que las mujeres aprendemos a profesar desde nuestro nacimiento, el que aprendemos a prodigar cuando somos medio para el nacimiento, el que hacemos la constante de nuestra vida, es también una cualidad de lo sagrado femenino que debemos rescatar en nuestra participación social.

El amor bien entendido, por la Patria, por el trabajo, por la pareja, por los hijos. El

amor apasionado, pero sin apasionamientos. El amor que se entrega del todo, con todo y por todo, ese que da vida.⁴ Ese amor que inspira y persuade, ese amor creativo, transformador y redentor, es el amor a que me refiero. Ese amor al que tanto se alude y que poco se practica. Ese amor que la mujer puede y debe inyectar a nuestras sociedades.

Porque cuanta falta no le hace a nuestra sociedad mexicana la creatividad que nace del trabajo apasionado, la innovación en tecnología, en política, en las relaciones personales. Cuanta falta no le hace a nuestro país esa energía transformadora del amor que mueva conciencias y corazones, que encienda de nueva cuenta el

⁴ Junto con Pigmalión, Afrodita convirtió una estatua en una persona viva, Vid. Shinoda Bolen, Jean. Las Diosas de cada mujer. Una nueva psicología femenina. 8ª ed. Kairós, Barcelona, 1993.

nacionalismo, bien entendido, de amor por México, sin burdas referencias a la revolución o a nuestra historia, sin ridículas demagogias. Como le hace falta a México el amor.

No quisiera importunarlas con más, pero me doy cuenta de que, después de décadas de lucha por la igualdad de género, las mujeres debemos estar más convencidas de que esta igualdad solo se puede alcanzar ganando espacios en los lugares de decisión y no con cuotas graciosas que nos sean otorgadas. Debemos estar más convencidas de que el género nos puede ayudar, de que las acciones afirmativas como las cuotas contribuyen a nuestro mejoramiento; pero sin la plusvalía que nos da el mérito, el mérito de tomar decisiones adecuadas, el

mérito de incorporar lo femenino en lo social, sin usar esos dones que tanto alabaron los mitólogos y descubrieron los arqueólogos en las diosas, nuestra sociedad no va a cambiar.

A menos que las mujeres ganemos espacios de dirección en el Estado, los mercados y la sociedad civil, contando con las herramientas y el conocimiento necesarios para influir en las decisiones que afectan el total de nuestras vidas; a menos que luchemos por reincorporar lo sagrado femenino a lo social, será difícil lograr un equilibrio de fuerzas que favorezca a la igualdad de género. Los espacios de decisión se ganan no en virtud de cuotas, sino de capacidades.

En México, las mujeres seguimos viviendo situaciones paradójicas en el mapa de poderes y opciones que cruzan nuestras vidas, desde la familia hasta el Estado; pero contamos no solo con nuestra innata capacidad de intuición, con las cualidades que acertadamente se han asociado a nuestro género desde tiempos remotos; sino que somos capaces de imprimirle a nuestros actos un nivel de análisis y sensibilidad que nos son sumamente útiles en la determinación de lo que necesitamos.

Muchas “diosas” de la antigüedad tenían estas características a las que nos hemos referido, muchas “santas” de la modernidad las practicaban a tope, muchas “hechiceras” murieron por practicarlas; pero todas, o **casi todas las transmitían.**

Ya los tiempos exigen nuevas diosas.

Muchas Gracias.